

6 THOMAS HOBBS VISTO DESDE LA COSMOVISIÓN BÍBLICA

Luis Ángel Peña Nieto¹

La afirmación: “Si piensas que la educación es cara, prueba con la ignorancia”, corresponde a Derek Bok, exrector de Harvard University. En once palabras, el otrora líder de una de las más prestigiosas y afamadas instituciones educativas a nivel mundial, expresó así el lugar que solo le cabe y le calza a la educación en el rumbo y direccionamiento de la humanidad. Los que deberían ser los intereses humanos más apetecidos y, sobre todo, los que siempre han sido los intereses de quien creó a los humanos, el Dios presentado en los escritos judeo-cristianos, están en total armonía con el pensamiento arriba citado. ¿La razón? Ignorar la solución a un problema es tan terrible como no tenerla; como también es cierto que es preferible pagar un alto precio por algo que a lo largo de la vida me va a dar amplísimos dividendos y me va a transformar en un ser más completo, parafraseando a Carl Jung, y no decantar en un primitivo individuo que se asume como un pobre hombre incapaz de escalar en el desarrollo humano, y que se somete a fuerza de autocastigo y abnegación malsana, a una estoica y ostracista relación con el crecimiento en cualquiera de sus manifestaciones.

En la incontable cantidad de artículos, libros y demás conocimiento que existe sobre educación, conceptualizaciones de esta, elementos que

¹ Licenciatura en Teología - Corporación Universitaria Adventista – UNAC. Maestría en Educación con énfasis en currículum e instrucción - Universidad de Morelos (México). Doctorado en Educación (c) - Universidad de Morelos (México). luisangelup@hotmail.com.

la componen y el bienestar que a lo largo de los siglos ha traído a los habitantes del planeta, siempre existe un común denominador: el cambio. Reconocerlo, porque es sumamente necesario hacerlo, implica mirarse como poseedor de un recurso incomparable para la felicidad. Como bien lo dijo Nelson Mandela: “La educación es el arma más poderosa que puedes usar para cambiar el mundo”.

Pero, ¿qué tipo de educación? ¿Una educación con qué tipo de origen, paradigma o filosofía? Y bueno, responder esta pregunta requiere aceptar las palabras de Mandela, primeramente; pero al mismo tiempo ir más allá; y cuando se usan esas tres palabras “ir más allá” se invoca el concepto de trascendencia como determinante en la naturaleza de una educación no únicamente para el cambio como entendiéndoselo solo en la instantaneidad de la vida posmoderna; sino viéndoselo e interpretándose como el proceso de metamorfosis endógena y exógena del hombre. Es, en síntesis, un cambio que tiene su génesis en la génesis de la vida, o sea, en Dios; y se entiende de esta forma porque en la cosmovisión bíblica, esa que alude a una relación Creador – criatura, el resultado final es el cambio de naturaleza, es decir, el cambio de corazón.

La educación, vista y abrazada en estos términos, es entonces un viaje que comienza en algún instante del pasado cuando no existía el tiempo, en la mente de ese Dios triuno que decide iniciar el reloj de la vida en la Tierra, y extenderse e implantarse en otros seres como queriéndose multiplicar en los demás, porque desea fundar una nueva raza a la cual educar, formar, perfeccionar y, por encima de todo, vincular con su plan de gobierno.

La educación, en la cosmovisión bíblica, no es otra cosa que la anticipación del futuro. Recordemos que el futuro es cambio, y el aprendizaje lo es, igualmente, por lejos. Y en palabras más propias en el idiolecto cristiano – adventista, el cambio es redención. Sí, una educación que re-

dime, que salva, que rescata y que se hace relevante por el hecho de re-co-nec-tar las realidades divinas con las realidades humanas. De allí que convenga, a quienes participan en papeles protagónicos del tan bien llamado proceso (no suceso) educativo, como son: profesores, estudiantes, padres, iglesia, Estado, círculos académicos, entre otros, decidir acompañar la intencionalidad de Dios para la formación de sus hijos, en cuanto su oferta termina convirtiéndose en la más profunda y más elevadora al mismo tiempo, pues dentro de la cosmogonía bíblica acerca del origen del universo Dios es siempre el que da el primer paso, en la creación y en la redención; y lo hace humillándose hasta el fondo para levantar al más caído; y, por supuesto, el Dios de la Biblia es asimismo el que toma al redimido, lo inspira, lo restaura, y lo coloca a su lado para co-reinar en el verdadero nuevo mundo.

En la cosmovisión bíblica, la metanarrativa del gran conflicto siempre está presente; es el marco de interpretación que, de un lado resalta lo que Dios es como también lo que no; y del otro, desentraña y expone los diversos desajustes y el evidente desorden causado, misteriosamente, por un intruso llamado pecado que enmugra el lienzo de la obra maestra creada por Dios. Es la revelación que hace la Biblia de lo que sucedió, lo que sucede y lo que sucederá entre Dios, Satanás y la humanidad lo que da sustento metafísico al desarrollo de los acontecimientos y circunstancias que rodean el pasado, el presente y el porvenir de los tiempos, las edades, las épocas y las culturas. Tanto la naturaleza de Dios, como el sentido de la vida, qué es y qué no es verdad, el sufrimiento, la felicidad y la muerte, tienen una cabal explicación desde la óptica bíblica. La claridad con la que el prisma de la Biblia despliega las respuestas a los grandes enigmas humanos, es la propuesta de valor que marca un tono diferenciador con respecto al variado menú de supremas verdades, autodenominadas así por el lado amputado de la ciencia, y aceptándose como únicas, completas y excepcionales.

Dicho lo anterior, y habiéndose hecho más visible la primera de las orillas, nos preguntamos ahora: ¿habrá alguien o algo capaz de subvertir, mucho o poco, la realidad de un modelo educativo trascendente, cósmico y dado a luz en el mismo momento en que latió el primer corazón humano, un arquetipo de preparación para la vida con todas sus dimensiones adentro y que contiene los absolutos de Dios como garantía de éxito? La respuesta es un rotundo sí. Para nada se pretende demonizar todo lo que por fuera de la cosmovisión bíblica han hecho y aún hacen otras corrientes en materia de educación, nada esté más lejos; pero también es cierto que la cosmovisión bíblica atiende a un llamamiento de otro orden, no humano, para despejar las dudas más caras al sentido del ser que a tanta gente tiene desamparada y discapacitada; y que hoy cuenta con la suficiente matriz de argumentación y polémica, sin acogotamientos y sometimientos de ninguna índole, para debatir sin tapujos con quienes proponen teorías y comportamientos que atacan, por ejemplo, la sobrenaturalidad de la educación, las irrefrenables ganas del hombre por dilatar su existencia in saecula saeculorum, básicamente no morir nunca, y creer que es la sola humanidad, y la humanidad sola, la que puede cambiar per se.

En el escenario aparece Thomas Hobbes, personaje y figura pública que entre los siglos XVI y XVII, denodadamente defendió sus ideas en el plano de la política, la economía, la ética, la teología, la educación, entre otros muchos aportes que hizo al conocimiento. Este filósofo se empalmó la bandera del cambio, algo muy plausible, como lo debe ser en quienes, acertados o no, lo arriesgan todo por jugar de media cancha para arriba. Sus aportes no cayeron del todo mal entre los que esperaban la aparición de un apostador que sugiriera nuevos caminos para que el mundo se acomodara mejor, tuviera más proyecciones de revertir las crisis, y que pudiera unir las distintas ideologías en un derrotero de carácter menos clasista y sí más ecléctico. No es que a Hobbes le calzaban todas estas

características, pero como siempre las masas sedientas de mesianismo en general anhelan que aparezca el héroe que les arregle la vida.

Debido a la importancia que revisten para el mundo educativo los aportes de Thomas Hobbes, y la enorme ayuda que nos da la cosmovisión bíblica haciendo las veces de lentes microscópicas y macroscópicas mediadas por el acertado enfoque escatológico que siempre la caracteriza, a continuación, se hace un sencillo contraste entre los aportes que directa o indirectamente Hobbes hizo en la arena educativa, y lo que la óptica bíblica tiene como respuesta según los principios de los cuales es embajadora. La presentación del trabajo versa sobre tres cosas: 1) coincidencias, 2) discrepancias y 3) vacíos hallados en Hobbes, de tal forma que se confirme que el paradigma bíblico de la vida y todo lo que la compone se encuentra en un plano de respuesta menos frágil y no transitoria, en tanto se constituye en la verdad más esperanzadora de la cual el hombre sí puede recibir sentido, propósito e identidad perpetuos.

Concepto de hombre en Thomas Hobbes

En el pensamiento hobbesiano el hombre es un animal, punto. El filósofo considera al hombre como un ser vivo en movimiento, este último es el que lo define como vivo porque "estar vivo es estar en movimiento" (Ramos Cortés, 2009), y que su distancia en similitud con relación a los otros animales, los no razonantes, es exigua. La razón y la pasión son dos elementos inseparables de la naturaleza del hombre, y como tal son los que generan las emociones que motorizan su accionar, como también crean sus imaginaciones más fecundas. El hombre, con excepción de sus prójimos, los animales, usa el lenguaje para evitar la incomprensión con los otros hombres, lo que da lugar a la conformación de la sociedad, de la paz, de los Estados. Hobbes ve al hombre como un ser libre, y esa libertad la debe ejercer inclusive si para ello debe ir a la guerra. Todos los hombres

están hechos de lo mismo, lo que evita la taxonomía aristotélica de más aptos y menos aptos, dignos de reinar y dignos de servir.

Thomas Hobbes concibe los vínculos sociales en el hombre como mero oportunismo, mas no algo que trae de por sí; de allí su famosa frase: “El hombre es un lobo para el hombre”. Esto significa que entre unos y otros solamente hay intereses plásticos que mantienen la relación, pero que son tan endebles que, a la primera desavenencia, se desata una confrontación, ya que el miedo surge como respuesta a las “amenazas” que vienen del otro lado. El corazón humano está lleno de egocentrismo, y es ese desmedido amor propio el que contribuye grandemente a la conformación de conjuntos, sectas, cofradías y cualquier otra forma de agrupación humana que, aunque iguales como se mencionó antes, por lo que quien apela al egotismo para construirse desde sus propias experiencias.

Jiménez Castaño (2012) menciona que cuando Hobbes habla de pasiones en el hombre, las clasifica como básicas o primitivas; entre ellas están tres parejas de contrarios: amor y odio, deseo y aversión, alegría y tristeza (placer y dolor). No obstante, el autor subraya la tesis de que en el ideario hobbesiano la diada placer y dolor es la que va a la cabeza, y que la voluntad humana se excluye aquí puesto que, aunque el placer sea sí más una decisión, los resultados dolorosos en la experiencia de vivir no es algo que podamos controlar.

El hombre, y todo lo que existe a su alrededor, según el filósofo inglés, actúa bajo parámetros netamente mecanicistas; esto significa que en la constitución de su naturaleza solo hay espacio para lo biológico, o sea, para carne y huesos; los demás ingredientes que completan la vida de una persona, como son: mente, alma y la consciencia de la existencia de entidades espirituales de orden sobrenatural, quedan excluidos. Lo físico prima en todo el universo; la corporeidad de los elementos es lo que

les da subsistencia, y el hecho de tener un cuerpo les genera movimiento y de allí que la vida es posible porque hay movimiento.

Concepto de hombre en la cosmovisión bíblica

Desde la concepción bíblica de la vida son muchas las argumentaciones que se pueden y deben hacer en contraposición al pensamiento de Thomas Hobbes; principalmente porque lo que este creía como verdad, en términos protológicos y escatológicos es claramente una deleznable disminución de la perfecta e integral arquitectura de la naturaleza del hombre. Es como si en Hobbes, más allá de su admirable pensamiento profundo, existiera una insaciable sed por explicarlo todo desde un plano escasamente natural, eliminando cualquier rescoldo de metafísica, y buscando extirpar los enquistados tumores del orbe religioso que en su época seguía haciéndose de la hegemonía popular.

Hobbes no negaba la existencia del Dios de la Biblia, pero sí se encargaba de mantenerlo lo más alejado posible de cualquier participación activa en los asuntos científicos, desterrándolo a únicamente un papel simplista como iniciador de las cosas, mas no sustentador y soberano dueño, señor y padre de todos los pueblos. El concepto de hombre de Hobbes no contiene una declarada manifestación de aceptar que no existe otro origen distinto para el hombre que el explicado en las escrituras de la Biblia en los dos primeros capítulos del libro del Génesis. Tampoco se hallan indicios de creer en un pecado original que arruinó el proyecto de vida que Dios inicialmente tenía cuando le plugo crear individuos con libertad de elección, capaces de decidir por sí mismos, de desarrollar y perfeccionar sus potencialidades, pero que escogieron el camino de la ruina personal porque se creyeron más inteligentes que su Creador, y se fagocitaron el engaño satánico, vivo hasta el día de hoy, de poder ser como dioses.

Pero el hobbismo y la cosmovisión bíblica sí coinciden en por los menos dos cosas. En primer lugar, que los dos intentan recuperar el honor del hombre, ese asiento de gloria perdido, por las razones que sea, cuando pasó de dueño a peón en un sistema que lo hizo lacayo, esclavo y brutalizó su propósito prístino: ser feliz. ¿Suena lindo, verdad? Por supuesto, pero no hay que emocionarse, porque es solo eso, una pálida armonía que no hace sino desilusionar, posteriormente, porque el camino que sigue Hobbes para intentar remediar la enfermedad humana se queda corto. Y, en segundo lugar, la Biblia (Malaquías 2:10/RV60) y Hobbes, enseñan que todos los hombres son iguales.

El hombre, al contrario de lo que asegura Hobbes, no es un autómatas que mecánicamente reacciona sin mediar las propias voluntades, gustos y tendencias. Obviar esta verdad cercenaría el porqué más idóneo que presenta la cosmovisión bíblica en cuanto al principio del hombre, nacido de una intencionalidad divina que interviene, se vincula, se mezcla, se integra y se compromete, algo muy huidizo, ausente y desprestigiado hoy, en pleno siglo XXI. David, el rey más caro a la cultura judía, señaló en uno de sus salmos: "Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites? Le has hecho poco menor que los ángeles, y lo coronaste de gloria y de honra. Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo sus pies" (Salmos 8:3-6/RV60).

Ahora, Rojas (2005) describe con magistral certeza la triste condición humana, y asegura que el hombre de hoy es light, es liviano en todo lo que piensa y en todo lo que hace; la banalidad y superficialidad son sus cartas de presentación; no persigue sueños filántropos, no se rebela contra los sistemas totalitarios como la gente de antaño, no tiene un norte claro, y aunque vive recontra saturado e intoxicado de información, no sabe qué hacer con ella, porque su vida entrópica no puede generar

ordenamiento a ningún nivel. Ya la Biblia había señalado esta lacónica verdad, la de un hombre estupidizado y víctima mortal de una absoluta sujeción a poderes intestinos y viscerales de dinámicas no carnales, que casi que obligan su razón y su emoción a un tipo de comportamiento rastroso, vagabundo, loser. San Pablo, el apóstol teólogo – filósofo, lo afirma en Romanos 7:22-24 (RV60) cuando expresa: “Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿quién me librerá de este cuerpo de muerte?”.

En la antropología bíblica se percibe una carísima búsqueda de Dios con el fin de encontrarse nuevamente con su criatura. La orfandad, que podría extrapolarse y vérsela como automatismo mecanicista en cuanto a que quien es así no tiene otro origen, sino uno en el que no hay raíz, semilla ni vástago, es un término que no está en el diccionario de Dios. Él, al que le importa lo que pasa en su planeta, asume su paternidad, se hace cargo, y no deja al hombre en soledad sempiterna para que adivine cuál es su futuro en el cosmos. Nuevamente el rey David expresa las razones: “Porque tú formaste mis entrañas; tú me hiciste en el vientre de mi madre” (Salmos 139:13/RV60); y también en Isaías 43:1 (RV60) el profeta expresa: “Ahora, así dice Jehová, Creador tuyo, oh Jacob, y Formador tuyo, oh Israel: no temas, porque yo te redimí; te puse nombre, mío eres tú”.

Ambos, David e Isaías, dan cuenta de conocer a un Dios que demuestra no poder ni querer vivir alejado de aquellos a los que llama sus hijos. Y también incluyen el elemento salvador, redentivo y solucionador a la crisis de vivir bajo el estigma del quebrantamiento del orden constitucional del reino de Dios. Es la teofanía que inclina a Dios en su interés por pasar la página; o mejor, cerrar el viejo libro de un proyecto en el que la criatura le falló al Creador; y a continuación, abrir uno nuevo que restaure la relación y elimine hasta siempre las absurdas fronteras que han hecho

del hombre un ser tan solo, tan saboteador de su destino principesco, tan gris, opaco, sombrío, silencioso; y a Dios alguien tan crazy, pero en enhorabuena súper encarnizado con el humano, al punto de que es capaz de encarnarse y ofrendar al unigénito, a su Mesías, a su Cristo, él mismo, y hacerlo uno con los nunca más desechables terrícolas, y ganando un nombre más: Hijo del hombre.

Concepto de estudiante en Thomas Hobbes

Para Thomas Hobbes, la gente, el pueblo, las masas, se deben al Estado. Nada más que decir. ¡Y para qué más! No queda espacio para otra cosa que una elocuente síntesis que contribuye obtusamente a reducir y atomizar el protagonismo humano mediante el ejercicio obligado de inclinarse de manera servilista y arrodillada a las prioridades del gobierno.

Animalizar al hombre es algo muy arriesgado en el discurso de Hobbes; pero él lo hace, y es muy propio de alguien que, como lo refiere Lenis Castaño (2000): Hobbes pregona que el tipo de hombre que se busca conseguir mediante la educación es un individuo que eclipse su individualidad, que se convierta en absoluto defensor, consciente eso sí a base de un previo adoctrinamiento desmedido, y preso de un hondo y oscuro temor a todo si no acepta ser parte de los que protegen al gobierno de turno, de las leyes que hacen al Estado ser eso, un bloque legalista y autoritario infranqueable al que no le entra nada; ese que, inculcándoles a los ciudadanos una conciencia civil hasta los tuétanos, deshonda el fuero interno de cada persona utilizando mecanismos de convencimiento muy sutiles, hipnotizadores y casi de ficción.

Thomas Hobbes pretende defender y dar sustento a la tesis de que la formación educativa es un escenario de adiestramiento y domesticación humana en aras de proteger primordialmente los intereses estatales, in-

hibiendo la naturaleza personal de libertad, emancipación y apropiación diversa de lo que a juicio de cada quien mejor le corresponde, gusta o apasiona; esto, lo interior de cada persona queda así supeditado a lo que al Estado más le conviene, en tanto es una maquinaria que limita lo ilimitado de sus ciudadanos, y se debe servir de la educación, como lo argumenta Hobbes, para acercarse a ese ideal de gobernabilidad en la que a los habitantes se los hace presos de un aprendizaje verticalista de las leyes (proceso claramente disfrazado), y descaradamente burlando la configuración que cada individuo podría eventualmente darle a su pensamiento, y tomando de esta manera posturas personales marcadamente críticas. El Estado, entonces, le niega todo acceso a una intervención propia de su proyección como participante en la construcción social, porque teme que se den conatos de autogestiones que se opongan al orden conservacionista del status quo.

La educación, así, es usada por el Estado como estrategia de masificación del pensamiento unilateral y sin espacio para lo pluricosmovisivo; pero al mismo tiempo pensando esa educación en simbiosis con una muy anhelada adhesión ciudadana en primera persona de todo lo relacionado con legislación y política, dos maestros irremplazables. El Estado busca convencer al ciudadano de que el conocimiento que toda la gente pueda llegar a obtener de las leyes de su gobierno les permitirá ver: el temor a la muerte, el temor al cambio, el temor a pensar diferente, y muchos temores más, como necesarios para equiparse mejor como personas (solo desde lo exterior, lamentablemente), y en un sentido claramente unívoco de lo que significa una sociedad justa y ordenada en todos sus estamentos.

El aporte pedagógico de Thomas Hobbes subraya, por sobre todas las cosas, una insistencia en el Estado como el centro alrededor del cual gravita todo el movimiento educativo. El ciudadano tiene el deber de hacer las veces de embajador del orden establecido y el marco legal y

normativo que predica y provee el gobierno. Mientras esto sea así nada se saldrá de control, y mientras esta continúe siendo una prerrogativa de Estado, la educación será el mejor canal para asegurarse un proletariado bien educado en la defensa de la paz para todos.

Concepto de estudiante en la cosmovisión bíblica

Muy en el centro de la historia de la salvación se encuentra el ser humano. Es así. Y dejémoslo aún más claro: sin el hombre en el medio de la tarima y del patíbulo condenatorio no hay salvación y mucho menos salvador. Pero, ¿hasta dónde ese individuo, luego de su caída mortal, es una víctima y hasta dónde es un victimario? Por ahora desistamos de profundizar en el tema y etiquetémoslo como materia pendiente; es mejor prorrogar ciertos asuntos para no entorpecer el tramo argumentativo que ahora nos ocupa. Lo que sí es bastante cierto desde el tercer capítulo del Génesis es que ser como Dios no es un asunto que al ser humano lo deba inquietar más, porque por hacerlo e inmiscuirse en esferas no aptas para los creados, es por lo que la nueva raza comenzó a extinguirse, convirtiendo todo el globo en el basurero del universo; una isla rebelde envuelta en ridículas, interminables, necias e irracionales guerras de poder, mismas de las que no se salvan ni siquiera los que profesan un discipulado al mejor estilo del remanente de los últimos tiempos.

Es muy limitada la aseveración que hace Hobbes respecto a que el hombre es libre, pero que también es un animal; ante esa incompatibilidad surgen preguntas del tipo: ¿no es acaso porque no es un animal por lo que el hombre es libre? ¿De qué libertad habla el filósofo? ¿Es libertad ser tenido por objeto de cuatro patas, ser neutralizado como sujeto digno de oportunidades de crecimiento y evolución, directamente relacionadas con el libre albedrío otorgado a cada mente consciente que habita en todo hombre y mujer que han pisado la Tierra y que tiene sus cinco sentidos en regla? Los humanos somos expertos y estamos acostumbra-

dos al sometimiento, agachar al otro porque me tengo que sentir y ver superior; y como los animales de granja y domésticos son los que menos oposición demuestran, son los que más fácilmente sirven a las pesadas cargas que sobre ellos son impuestas, abusando desmedidamente de las fuerzas y capacidades de estos seres inferiores.

El profeta asegura: “Y todos tus hijos serán enseñados por Jehová; y se multiplicará la paz de tus hijos” (Isaías 54:13/RV60); un pasaje que apunta de manera directa señalando a Dios como el maestro, el pedagogo; y al hombre como el estudiante, la otra cara de la moneda en una reunión artística que restituye los roles familiares entre el Cielo y la Tierra. Y White (1998) confirma esta apuesta divina, caracterizando la educación de Dios como una experiencia de perfeccionamiento armónico de las distintas facultades humanas, y que convierte al educando en un progress, pues lo impulsa a transformarse en un Thought leader, cuyas ideas exponenciales lo definen, en el espectáculo mundial, como una persona creativa, innovadora, un ícono del cambio, un Influencer y Global thinker que aprovecha cada gramo de unción espiritual para generar revoluciones con un sentido y una causa trascendentes, nivel Dios; exploradores y viajeros en el tiempo a quienes les ha sido revelado, al mejor estilo de la mente millonaria de José, el hijo proscrito del patriarca Jacob, el destino del mundo, qué piensa Dios, con qué sueña, qué imagina cuando habla de una nueva Tierra y una raza de salvados, Insiders porque son sus íntimos, amigos del que maneja cada galaxia del universo, guardianes y defensores de la verdad, esta última, una que grita por ser reivindicada en la sociedad amnésica que desestima como puro virtuosismo el hecho de vivir con principios y valores.

El apóstol San Pedro escribió: “Precisamente por eso, esfuércense por añadir a su fe, virtud; a su virtud, entendimiento; al entendimiento, dominio propio; al dominio propio, constancia; a la constancia, devoción a Dios; a la devoción a Dios, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor.

Porque estas cualidades, si abundan en ustedes, les harán crecer en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo, y evitarán que sean inútiles e improductivos. En cambio, el que no las tiene es tan corto de vista que ya ni ve, y se olvida de que ha sido limpiado de sus antiguos pecados. Por lo tanto, hermanos, esfuércense más todavía por asegurarse del llamado de Dios, que fue quien los eligió. Si hacen estas cosas, no caerán jamás, y se les abrirán de par en par las puertas del reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 1:5-11/NVI).

¡Cuánta diferencia con Hobbes! Una vez más en la interpretación bíblica de la vida, la criatura humana es la corona de la creación; un ser a quien Dios, el Supremo gobernante, y que distinto a lo que los grandes jerarcas de las instituciones creadas por los hombres hacen de sus agendas políticas: algo cerrado, hermético, vetado para el populacho y la grasa social, invita a su hijo pecador a que rompa relaciones con cualquier tipo de organización que intente controlar su mente, y que evolucione, no según el paradigma darwiniano, aclaro; eso es otra cosa, nada que ver con algo de corte solo biológico, eliminatorio, en donde es necesaria la mediación de la muerte, la violencia, la guerra, de la sangre derramada como constancia de una cadena alimenticia en la que todos se comen a todos porque así es como funcionan las cosas; de lo contrario, se desequilibra la vida. Esto está mucho más allá de un iracundo y macabro proyecto estatal de desencantar a la gente estrechando sus mentes, aplastando sus talentos, erosionando su esperanza, y ahogando y disminuyendo su valía personal en las fauces de un modelo de gobierno sin sentimientos, ese que tanto aman los dictadores porque les sirve para exprimir, oprimir, restringir y cohibir a quienes, embaucados con putrefactas y rancias promesas, viven atontados y encandilados por semejantes criminales.

En la cosmovisión bíblica es como si Dios le dijera al estudiante: “Cree nuevamente en mi plan; es el mismo desde que te hice, no te vas a arrepentir; abre los ojos y date cuenta de lo mucho que tienes por ganar

todavía. Trabaja duro por cumplir con tu destino, implicate en la metamorfosis más grande de la que hayas escuchado jamás: tú siendo como yo, teniendo mi naturaleza, mi carácter, y yo dándote la bienvenida a un nuevo capítulo en una espectacular historia de gigantes.”

Y no es que en esta cosmovisión se le dé la espalda al papel de los gobernantes. En el entendimiento educativo de la Biblia la responsabilidad cívica no se soslaya, antes bien se la promociona. 1 Timoteo 2:1,2/ NVI dice: “Así que recomiendo, ante todo, que se hagan plegarias, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos, especialmente por los gobernantes y por todas las autoridades, para que tengamos paz y tranquilidad, y llevemos una vida piadosa y digna”. Aquí el texto sagrado expone y aclara el grado de respeto que los hombres han de demostrar hacia el Estado y toda su corte; pero eso no da lugar a que la persona se auto descalifique y rebaje al nivel de títere del gobierno. Además, es evidente que lo que Dios pide en este pasaje, como en toda la Biblia, es la expresión de actitudes eminentemente altruistas y testimoniales, que ratifiquen el cambio de corazón efectuado cuando se tomó la decisión de formarse en la escuela de Cristo; libre, dueño de sí mismo, devoto del Dios de la felicidad perdurable, aportante inteligente con soluciones que hagan de la vida algo con sentido.

Concepto de maestro en Thomas Hobbes

El pensamiento crítico, componente inexcusable en la formación del siglo XXI, no es una preocupación en la propuesta educativa de Thomas Hobbes. Y es obvio; para alguien que determina que es el Estado el que define qué se aprende, cuándo, cómo, dónde, cuál es el conocimiento de mayor peso; y que los dirigentes gubernamentales son los que dictaminan el alcance e impacto que tendrá la educación según, y primordialmente, los intereses de la clase dirigente. No queda mucho que decir puesto que la tiranía, el nepotismo, el absolutismo, la imposición y la

persecución vienen a ser los maestros que educan, desde la tragedia, a un pueblo embriagado de depresión, estrés y ansiedad, todos tres, como explicando el pasado, el presente y el futuro de una humanidad sumida, hoy también, en graves estados de locura mental y proverbiales desajustes emocionales.

El miedo es, por sobre todos, el más poderoso maestro en el pensamiento hobbesiano. Pensar por sí mismo, dejar volar la imaginación, exacerbar la mente al punto de crear realidades increíbles no cuentan para el profesorado opresor, en la pedagogía de Hobbes. El maestro, según Hobbes, es alguien, o algo, que siempre tiene la razón y que siempre hay que respetarlo sin el más pequeño asomo de contestación contraria o revocatoria, pues se las sabe todas y nada se le escapa.

Aunque desenfocado en una especie de determinismo antropológico, este proceso educativo permite al hombre elevarse de una condición natural salvaje que hace de este un ser peligroso para su prójimo, y lo domestica mediante la integración al mundo legislativo y político. Esto, en cierto modo, tiene algunas ventajas. Una de ellas es la de transmutar al individuo de una condición primitiva y carente de un verdadero aprovechamiento de su potencial inherente, traído consigo desde el nacimiento, y exponerlo a otro contexto, el político y el cívico, para que encuentre una identidad que reconfigure su rumbo, y le dé proyecciones menos estancas en el sentido de incrementar su utilidad como accionista decisivo en el engrandecimiento del poder soberano.

De todas formas, la transferencia de mando que hace el hombre para que otro lo gobierne en el formato de asamblea, o siendo una sola persona con superpoderes en aras de salvaguardar el orden, la paz y la felicidad de todos, no es algo tan bueno como parece. La razón es muy sencilla: en la medida en que se crea ciegamente que lo natural es capaz de educar a lo natural estamos ante el gran problema de la incapacidad

humana de ejercer un liderazgo sin el guion de víctima y víctima; en la medida en que se piense que la concentración de todos los poderes en uno solo es el camino al éxito, el resultado es una implosión de fuerzas porque se vuelve incontenible el sostenimiento de tantos egos que pretenden unificarse como en un romance shakesperiano; la historia universal da testimonio de esto, pues siempre, o sea todo el tiempo, que los hombres han pretendido unirse “amorosamente” como uno solo para crear sus propias leyes y autogobernarse, han fracasado.

Al recordar la historia que registra el capítulo 11 del libro de Génesis sobre los constructores de la Torre de Babel, se puede hacer una comparación con esta creencia hobbesiana de asumir que la creación de un único gobierno terrenal desarraigado de cualquier vestigio de fundamentación sobrenatural es posible. No lo es; y no lo es porque la existencia humana es indivisible de la existencia de su Creador, el que ciertamente unifica a todos. Cuando el hombre busca unirse por el mismo hombre, el fracaso es lo que sigue. La consecuencia es más fragmentación, porque la falta de un elemento aglutinador y catalizador con una naturaleza distinta y superior es lo que sí permite lograr esa unidad. Ya el escritor del libro de Daniel lo había profetizado. En Daniel 2:43 (RV60) el profeta lo confirma: “Así como viste el hierro mezclado con barro, se mezclarán por medio de alianzas humanas; pero no se unirán el uno con el otro, como el hierro no se mezcla con el barro”.

División y separación son lo que caracteriza al humano; así que pretender que un gobierno educador, haciendo las veces de maestro unificador del pueblo es lo que mejor va a funcionar, es una utopía. El pueblo israelita sufrió de lo mismo; cuando rechazó la teocracia (1 Samuel 8:5) y optó por imitar a los vecinos de Canaán buscando ser dirigidos por otros iguales a ellos, los problemas comenzaron; brotó esa consciencia de esclavos que por más de cuatro siglos los convirtió en marionetas de los egipcios. Y pasó lo que tenía que pasar: corrupción, engaño, crimen, infi-

delidad, pasiones desenfrenadas, intrigas, y así sucesivamente. Cualquier telenovela latinoamericana es demasiado pequeña e insulsa al lado de la historia del pueblo de Dios que la Biblia presenta como extraviado, torpe, lento, embrutecido y contaminado, vencido y como un orgulloso adolescente encaprichado con las monerías de los lugareños de las tierras de Oriente Medio. Luego de incontables veces que Dios quiso protegerlos y prepararlos como luces en el mundo, prefirieron la oscuridad, renegar y mezclar su sacerdocio con las corrientes filosóficas paganas que, a su juicio, parecían ofrecerles un mayor nivel de vida; ¡qué Déjà vu! Como que recordar al pueblo hebreo y su errática búsqueda por ser como los otros, evoca esa escena édénica tan atronadora cuando Eva y Adán, embelesados con la idea de un Fast track hacia la deificación, hipotecaron su inmortalidad, una decisión carísima, únicamente pagable con el sacrificio de la vida de Dios mismo.

Correr a gran velocidad no siempre garantiza llegar más rápido. A Hobbes se lo nota apresurado, temeroso, nervioso; no acepta que el control se le vaya de las manos. Por eso insiste tanto en hacer un trabajo de hormiga a contrarreloj; siente que a como dé lugar debe servir de catequista ejemplar al soberano, hacer cuantos catecúmenos pueda para que las leyes de este se ejecuten de tal manera que normen y reglen según la propia definición que estas han hecho de lo que es y no es en todas las cosas (Juri, 2019).

Concepto de maestro en la cosmovisión bíblica

En la visión bíblica, el maestro cristiano reproduce la paciente actitud de Dios al ejercer una especie de paternidad que inspira al estudiante a descubrir la necesidad de un salvador, así como a despertar sus talentos innatos. Ser maestro, para Dios, es un llamamiento al apostolado, expresión singularizante de una inaplazable vocación por desfragmentar en el estudiante la vida rota que trae de su casa, aplicar la resiliencia con la

familia que le tocó, aceptar (pero sin resignación) la herencia genética que lo carga con comportamientos enfermizos, y esas indigentes probabilidades de estrellato que representan tan solo un píxel en la pantalla de la vida.

A diferencia de Thomas Hobbes, para Dios el maestro no es esa apladora que subyuga y atolondra a los estudiantes para que no vean más allá de lo que el soberano les exige ver; en cambio, el docente se implica con el alumno elevando sus expectativas de lo que hoy está en camino de convertirse; lo ve primeramente como un prospecto de profesional que llegará a cambiar su mundo para luego embarcarse en el mundo del cambio (discipular). Y en segundo lugar, el maestro creyente de las realidades eternas, de un Dios que en su inmanencia da el máximo ejemplo de empatía cuando envía a la Tierra como misionero al mejor Heraldo de su cuerpo profesoral, lo invita a construir su vida mediante un proyecto de amistad y asesoramiento continuos por parte de este, de Jesús, y utiliza su distintivo método para lograrlo: 1) se mezcla con los estudiantes, 2) les demuestra simpatía, 3) los apoya en sus necesidades, 4) se gana su confianza, y 5) los invita a seguir al gran Maestro.

Knight (2017) cita el evangelio de Lucas en el capítulo 15 como un pasaje que contextualiza muy bien la tarea central de un maestro adventista; el autor subraya que el maestro es alguien que busca e intenta ayudar a quienes están perdidos, y atrapados en las redes del pecado, ya sean: 1) la oveja (quienes saben que están perdidos pero no saben cómo volver a casa); 2) la moneda y el hijo mayor (quienes no poseen suficiente conocimiento espiritual para darse cuenta de su condición); o 3) el hijo menor (quienes saben que están perdidos y saben cómo volver a casa, pero no quieren regresar hasta que su rebelión haya llegado a su fin) (p. 85).

Con esta visión se concluye que el docente es el stakeholder de la calidad en toda empresa educativa redentora; por eso no se la puede dejar

en manos de aquellos a los que no les va ni les viene si hay o no aprendizaje, “Total, la nota y pasar la materia son lo importante”. ¡Qué mentira tan mayúscula! El profesor cristiano transita su apostolado por la angosta y a la vez amplia senda de la teleología, enalteciendo el fin último de la educación: recuperar la perdida imagen de Dios en el hombre; y el maestro, en tanto en cuanto se apropie de ese exponencial fin, su impacto en el estudiante habrá explicado las razones por las que la divinidad se empecinó en atravesarlos, dándoles la oportunidad de convertir ambas vidas en la antítesis del pensamiento pedagógico nihilista, ese que se ve y ve al otro como huérfano, sin raíz, sin propósito.

Concepto de aprendizaje en Thomas Hobbes

Cuando de aprendizaje se trata, Thomas Hobbes exalta la ley del Estado como la encarriladora de la ley natural que trae el individuo. Esto se entiende en Hobbes como que en la regulación de la vida, previamente entregada en las manos del soberano, legislar las acciones de la población y determinando qué está bien y qué está mal, apropiándose de una subjetiva conceptualización de juicios morales, ya de por sí es un proceso de aprendizaje. Además, a esa ley civil pareciera cuidársela más no porque sea una ley que resguarde y proteja los intereses de todos, se deja entrever que existe como un dejo de preocupación mayor porque aquella sea clara, ordenada y formalista (Juri, 2019).

Es así que el soberano hace a la ley un instrumento de enseñanza, adjudicándole una suerte de interpretación de la justicia menos lesiva y sí más confiable en el desarrollo del pueblo. Y en ese entendimiento reforma y legisla el orden establecido culturalmente, expropiando costumbres y eliminando el sustrato de la tradición de quienes han estado viviendo bajo ciertas creencias y cosmovisiones muy personales.

El soberano es el que determina hasta dónde el ciudadano llega, cuáles serán sus alcances de crecimiento y cómo lo va a lograr. En otras palabras, el Estado delimita y establece las fronteras en las que la persona se va a mover, y lo circunscribe de esta forma a un reducido espacio de expresión de su libertad, quedando neutralizadas posibles experiencias de aprendizaje más dignas y en armonía con sus pasiones y presupuestos internos más fecundos.

Concepto de aprendizaje en la cosmovisión bíblica

¿Qué es más importante: la enseñanza o el aprendizaje? ¿O cuál de los dos debería comprenderse primero y dominárselo mejor en términos de competencias docentes? Se ha escrito mucho acerca de ambos, y en el pensamiento pedagógico adventista existen argumentos suficientes para que cada uno por su lado contenga las suficientes razones que expliquen su injerencia primaria o secundaria en el paradigma educativo. Ahora, en la línea de argumentación que estamos llevando, y en contraposición al ideario educativo de Hobbes, es decisivo y definatorio dar una mayor relevancia y realzar el valor del aprendizaje, puesto que en última instancia, es aceptando a la educación como cambio y al cambio como aprendizaje, como un sistema educativo puede afectar positivamente el progreso de una nación.

Partiendo de la premisa de que es la contribución que hace la educación adventista desde sus convicciones bíblicas al proyecto de recuperación de la imagen de Dios en el hombre lo que justifica su existencia, cambiar de naturaleza y aprender un estilo de vida consecuente con los principios de Dios, como el outcome final del proceso educativo, se convierte en la meta cumbre que termina por aprobar las enormes inversiones que se hacen para lograrlo.

El autogobierno, la autogestión y el dominio propio constituyen la marca registrada de una educación claramente bíblica. White (1998) señala que la verdadera educación se enfoca en patrocinar el pensamiento individual y autónomo; que los estudiantes sean dueños de lo que dicen y hacen, y que no entreguen su energía a agentes externos que decidirán en su lugar; que su aprendizaje sea el resultado de una experiencia personal, propia, muy suya; que eviten a toda costa ofrendar su voluntad a fuerzas superiores que lo que harían sería incapacitarlos para llevar adelante los grandes emprendimientos que darían nuevo rumbo a la sociedad.

Sir Ken Robinson, famoso experto en educación a nivel mundial, expresó en una entrevista concedida a la Fundación BBVA de España, lo siguiente: "El aprendizaje no es un monólogo, es una relación". Pero Thomas Hobbes hace lo opuesto, y defiende a brazo partido su filosofía de un Estado soberano que funge como el patrón de todos, y que piensa y decide por todos. Y con ello atrofia la libertad del pueblo porque anula y ningunea a la gente. El soberano, en Hobbes, afirma: "Quédate quieto, no pienses, no digas nada, solo observa y deja que yo te cree la vida porque yo sé qué es mejor y hasta dónde puedes llegar". Mientras que el que sí es soberano, y que no se excusa por ello aniquilando el libre albedrío otorgado por él mismo, hace una invitación que enfatiza el teamwork como estrategia regia de aprendizaje: "Ensancha el espacio de tu carpa, y despliega las cortinas de tu morada. ¡No te limites! Alarga tus cuerdas y refuerza tus estacas. Porque a derecha y a izquierda te extenderás; tu descendencia desalojará naciones, y poblará ciudades desoladas" (Isaías 54:2,3/NVI).

El gap es inmenso entre uno y otro. Los contrastes saltan a la vista. De una parte, hay una clara usurpación a no permitir que el hombre se haga su propio camino, crezca, optimice su propósito de vida. Y de la otra, vemos al Creador motivándolo para que se supere, se actualice, se extienda y se proyecte sin límites. Eso sí es aprendizaje, eso sí es cambio de natu-

raleza, eso sí es afectar el carácter de una persona para que se autodefi-
na como un sujeto librepensador, independiente, con una visión de élite
porque deconstruye la vieja mala práctica de permitir ser mal gobernado
porque únicamente encadenando su consciencia y su conciencia es que
podrá aprender; y en cambio, se sube a una nueva ola de aprendizaje en
la que desaparecen los miedos y el punzante dolor de sentirse opacado,
todo, porque Dios creyó en él y le confirmó que era su Padre, él era su
hijo, y juntos, Dios y él, son mayoría.

Concepto de sociedad en Thomas Hobbes

El pensador inglés vaticina una hecatombe social si no se hace eso
que presenta en Leviatán, su aporte literario más emblemático para la
época; incluso hasta el día de hoy su tesis continúa vigente. Hobbes reco-
noce la podrida naturaleza humana, enferma, gangrenosa, llagosa; des-
cribe al hombre como convulsionado y víctima de un constante acecho
por quienes se supone son sus amigos, sus vecinos, sus compañeros. La
anarquía es lo que reina y se hace del poder; cada quien atrofia al otro
porque teme que lo maten y lo exterminen. Es por esto por lo que en Le-
viatán, Thomas Hobbes propone que la solución definitiva es la creación
de una monarquía absoluta, cuyo manejo de las masas sea tal que todos
se escondan bajo sus alas, se protejan de los males reinantes y despejen
sus miedos más internos.

En la línea hobbesiana, la solución definitiva para que la sociedad esté
en paz, el Estado sea feliz y todo esté bajo control, es que el hombre res-
cinda su voluntad y se la entregue a otro hombre. ¡Una catástrofe total!
Hobbes asegura que si la sociedad acepta vivir de esta manera, entonces
lo que va a pasar es un equilibrio en todos los órdenes. La sociedad es,
así, cualquier otra cosa menos un conjunto de personas que interactúan
entre sí civilizadamente, y que trabajan unidas en propósitos similares,
construyendo mejores condiciones para su generación y las que están

por venir. La sociedad para Hobbes es una amenaza, un enemigo al que hay que domar y en cierta forma tiranizar, anularlo quitándole la capacidad de pensar y de pensarse; distraerlo para que él se entregue y renuncie porque se reconoce inferior, y ya no pueda luchar contra lo que es su único destino: ser un simple accesorio deficitario.

Concepto de sociedad en la cosmovisión bíblica

Es muy propio del hombre hacerse dioses que le digan lo que tiene que hacer. Son como historias y cuentos, verídicos algunos y otros no tanto, que dan expresión a su sentido existencial y de propósito (Postman, 1999). La sociedad, ese fenómeno que tantos dolores de cabeza le produce a Dios, se aferra a lo que no representa un ancla ni un puerto seguro de esperanza (Isaías 55:2/RV60). Los individuos prefieren vivir como desahuciados sociales, en la más absoluta orfandad debido a las tercas elecciones que los llevan a escoger, también, como lo prefería Hobbes, un hombre y una teoría que les diga qué les conviene más.

Pero la Biblia sí habla claramente de un Dios, con mayúscula, que existe para dar fin (en la connotación teleológica del término), y que en su Storyboard escribe y dibuja con magistral encanto la historia de una familia; sí, una familia feliz, los nuevos en el universo. Para Dios sociedad es familia, vínculo, prolongación de su ADN, porque es un Dios que ama, respeta, cuida, valora, restaura y sustenta a sus creados. Dicho de otra manera: Dios se ve a sí mismo (y tampoco lo esconde) como: el Padre. El cantor de Israel, el rey David, así lo manifiesta en el Salmo 34:4-7,15,17-19 (RV60): "Busqué a Jehová, y él me oyó, y me libró de todos mis temores. Los que miraron a él fueron alumbrados, y sus rostros no fueron avergonzados. Este pobre clamó, y le oyó Jehová, y lo libró de todas sus angustias. El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende. Los ojos de Jehová están sobre los justos, y atentos sus oídos al clamor de ellos. Claman los justos, y Jehová los oye, y los libra de todas

sus angustias. Cercano está Jehová a los quebrantados de corazón; y salva a los contritos de espíritu. Muchas son las aflicciones del justo, pero de todas ellas le libraré Jehová”.

Dios soñó, y aún lo hace, con una sociedad diametralmente opuesta a la que a Thomas Hobbes le preocupa hasta el hartazgo. Una sociedad en la que él y sus hijos humanos sean socios accionistas; empresarios en un co-gobierno que pertenezca a todos y en el que las desigualdades y el elitismo no existan jamás. El miedo, la culpa y la vergüenza son los tres intrusos que invadieron a la primitiva sociedad del Edén, cuando desde el mismo momento de la caída, el hombre decidió establecer un estado paralelo al que ya existía con las características originales otorgadas por el Creador. White (1998) describe la escuela del Edén así:

El sistema de educación instituido al principio del mundo, debía ser un modelo para el hombre en todos los tiempos. Como una ilustración de sus principios se estableció una escuela modelo en el Edén, el hogar de nuestros primeros padres. El jardín del Edén era el aula, la naturaleza el libro de texto, el Creador mismo era el Maestro, y los padres de la familia humana los alumnos (p. 20).

Desde el origen del mundo Dios se encargó de crear una especie relacional; seres humanos que se encontraran, que se afiliaran y coligaran hasta conformar tantas redes (realmente sociales) como les fuera posible (Smith, 2004). Hacerlo significaría crecimiento y aprovechamiento de las cualidades de todos, impidiendo la ploriferación de actitudes parasitarias en el comportamiento humano, extendiendo a cada quien múltiples oportunidades de hallarse en una suerte de sitial desde el cual aportar con sus talentos (talentismo), dones y potencialidades, y que el planeta fuera una demostración concreta de la forma de administración del Creador: cercana, sencilla, versátil y ecuánime.

Prioridades en el proceso de enseñanza – aprendizaje

Para el británico Thomas Hobbes, la educación ciudadana representa el escenario para llevar adelante el proceso de enseñanza - aprendizaje. Evitar la sedición manifestada en levantamientos es un problema que solamente se puede evitar educando al hombre en las leyes del Estado, proveyéndole de una especie de refugio para que “ejerza” su libertad y la masa no se descontrole (Jiménez Castaño, 2016).

Básicamente, Thomas Hobbes da mayor preeminencia al conocimiento, y al que es conocimiento de verdad (a su entender), como previendo la importancia meridiana que reviste para la felicidad de todos los ciudadanos el saber en qué consiste el manejo de una república, las leyes en derechos y deberes, y las bondades de estas para evitar revueltas que recurran, otra vez, a hacer del hombre una máquina natural saturada de rebelión contra sí misma y contra los otros. Él prefiere la planificación y ejecución de un sistema de sublimación de la agresividad natural humana, un proceso de enseñanza - aprendizaje diseñado de tal manera que despeje el camino para que el Estado sea rector del Estado, y que de una vez por todas nunca más se hallen, nuevamente, ante una guerra de todos contra todos. De alguna manera enseñar y aprender se dan, entonces, privilegiando un tipo de secuestro intelectual, un voraz experimento social que taxativamente encasilla al individuo en un contractualismo fulminante y despiadado.

En la cosmovisión bíblica el proceso de enseñanza - aprendizaje tiene un foco muy diferente. Este tiene como punto de partida y punto de llegada la salvación sobrenatural del hombre. Esa es su prioridad: el sujeto de la educación por encima del objeto y el fenómeno mismo. Existen otras preocupaciones, pero en el corazón del quehacer educativo como lo concibe la versión divina se encuentra la meta de coadyuvar en la redención de la persona, elevando su nivel de consciencia al cooperar en

hacerla plenamente conocedora de su condición de pérdida, de necesitada de “un quien” (Juan 17:3), de un salvador de talla metafísica que intervenga su vida, y transformarla en sabedora de que sin duda alguna es protagonista central en un conflicto entre dos fuerzas antagónicas; las que, de un lado, prometen darle vida eterna y armonía, mientras que del otro solamente le ofrecen las migajas de un falso reino mortal, alterado, pasajero e insignificante.

En la filosofía de la educación cristiana el proceso de enseñanza - aprendizaje prioriza aquellos elementos y prácticas que contribuirán a determinar con mayor grado de éxito el destino eterno del individuo. Entre ellos se encuentran, por ejemplo: 1) el libre albedrío, 2) el pensamiento crítico y autónomo, 3) la formación integral, 4) el desarrollo de la creatividad, 5) la búsqueda de la verdad, 6) la amistad con Dios, 7) la responsabilidad ambiental, 8) el cuidado del cuerpo como el templo del Espíritu, 9) el servicio abnegado y 10) el perfeccionamiento de los dones y talentos.

Finalmente, Thomas Hobbes y la cosmovisión bíblica van por caminos muy distintos, tanto que referirme a ellos en términos de noche y día es la metáfora más perfecta para determinar cuán excluyentes son el uno del otro, y cuán inexorablemente opuestos en su corpus doctrinal. Sin embargo, estudiar el pensamiento hobbesiano nos permite elucidar con mayor precisión la pesadilla que ha representado para la humanidad el haber trivializado su papel en la Tierra; es como si, al mejor estilo de Esaú, hubiera despreciado su primogenitura (Génesis 25:32), decidido perder la unción desde muy temprano en la historia del mundo, y dárseles de dios, eso que todos quieren pero no saben qué es ni cómo se escribe con d mayúscula en la propia vida.

Las explicaciones y argumentos de la cosmovisión bíblica son la respuesta a eso que tanto atormentaba a Hobbes y lo mantenía en una

alteración indómita. El Creador del universo y el autor del paradigma bíblico de la vida, Jesús, afirmó: “Y conocerán la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8:32/NVI); eso es precisamente lo que hace la educación cristiana: provocar una confrontación del hombre con su destino eterno, mostrándole la verdad de un Dios incontrolablemente enamorado de sus hijos, y desesperado por llevarlos a vivir a casa.

BIBLIOGRAFÍA

- Jiménez Castaño, D. (2012). La prioridad del placer sobre el deseo en la teoría de las pasiones de Thomas Hobbes: una explicación materialista, mecanicista y fisiológica. *Cauriensa*, 7, 271-280.
- Jiménez Castaño, D. (2016). Thomas Hobbes: la sedición y su neutralización mediante la educación ciudadana. *Revista Filosofía UIS*, 15(2). doi: <http://dx.doi.org/10.18273/revfil.v15n2-2016001>
- Juri, Y. E. (2019). Educar en soberanía: un desafío actual. El camino trazado por Jean Bodin y Thomas Hobbes. *Dilemas Contemporáneos: Educación, Política y Valores*, 6(2), 1-16.
- Knight, G. (2017). *Educación para la eternidad*. México: IADPA.
- Lenis Castaño, J. F. (2000). La educación en el planteamiento de Thomas Hobbes y algunas de sus implicaciones desde la perspectiva de la teoría crítica. *Revista Educación y Pedagogía*, 10(26-27), 179-187.
- Postman, N. (1999). *El fin de la educación*. Barcelona, España: UMO Editorial.
- Ramos Cortés, V. M. (2009). La antropología de Thomas Hobbes. *Piezas*, 6(9), 7-22.
- Rojas, E. (2005). *El hombre light*. Buenos Aires, Argentina: Booket.
- Smith, R. R. (2004). *El proceso pedagógico. ¿Agonía o resurgimiento?* Santa Fe, Argentina: Publicaciones Universidad de Montemorelos.
- White, E. G. (1998). *La educación*. Buenos Aires, Argentina: ACES.